



DEARQ - Revista de Arquitectura /
Journal of Architecture
ISSN: 2011-3188
dearq@uniandes.edu.co
Universidad de Los Andes
Colombia

Daza, Ricardo
Augusto Tobito y Le Corbusier
DEARQ - Revista de Arquitectura / Journal of Architecture, núm. 15, diciembre, 2014, pp.
184-191
Universidad de Los Andes
Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=341638957014>

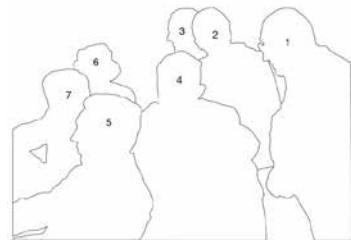
- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

Augusto Tobito y Le Corbusier

Ricardo Daza

✉ dazaricardo@gmail.com

Arquitecto Universidad Nacional de Colombia (1989). Maestría en Historia, Arte, Arquitectura y Ciudad (1997). Doctor por el Departamento de Proyectos Arquitectónicos (2009), Universidad Politécnica de Cataluña, ETSAB. Profesor primer ciclo, maestría y doctorado Universidad Nacional de Colombia. Profesor de teoría Universidad de los Andes. Profesor invitado a centros y universidades de Ecuador, España, Chile, Italia, México, Paraguay, Perú, Venezuela, Brasil... Director del Museo de Arquitectura Leopoldo Rother de la Universidad Nacional (2010-2014). Ha publicado *Buscando a Mies*, (2000), versión inglesa (*Looking for Mies*), alemana (*Auf der Suche nach Mies*).



Le Corbusier en la Universidad Nacional, en su primera visita, en 1947. 1 Le Corbusier; 2 Augusto Tobito; 3 Jorge Gaitán Cortés; 4 Fernando Martínez Sanabria; 5 Jorge Arango Sanín; 6 Emma Villegas de Gaitán; 7 Paul Lester Wiener

Fuente: Instituto Distrital de Patrimonio Cultural y Museo de Bogotá

En otro planeta

*Pour Tobito, avec mon amitié et merci
pour votre gentillesse naturelle.*

Le Corbusier

La figura de Augusto Tobito Acevedo; su obra como arquitecto; su labor como docente; su papel en taller de Le Corbusier; su estancia en Colombia; su habilidad como dibujante, como copista, como escritor; su afición por la colección de libros, revistas, dibujos y *objets trouvés*, han quedado guardados en el baúl de los recuerdos.

Sorprende que venezolanos y colombianos hayamos prestado tan poca atención a un hombre que murió estoicamente en Suiza —olvidándose de sí mismo—; un hombre que en los años setenta creó el Departamento de Acondicionamiento Ambiental de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Central de Venezuela para tratar

temas ecologistas y medioambientales, y que hoy algunos publicistas de la arquitectura presentan como un descubrimiento reciente y novedoso; un hombre que hacia finales de la década de los sesenta promovió una “revolución universitaria” influenciado por mayo de 1968, que de seguro lo avivó en sus convicciones políticas, en una época en la que, *cuando París estornudaba toda Europa se resfriaba*; un hombre que construyó el Hospital Periférico de Catia, la Escuela de Enfermeras de Valencia y el Hospital Universitario de Mérida, manteniendo su juvenil vocación por las ciencias de la salud; un hombre que a finales de los años cincuenta y de la mano de Carlos Raúl Villanueva, ingresó como profesor en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Central, y en la que formuló y reformuló los planes de estudio y de la que fue injustamente despedido —finalmente se le otorgó un Doctorado Honoris Causa—; un joven que con la recomendación de Josep Lluís Sert y el aliciente de Eduardo Zuleta Ángel se embarcó hacia Francia a buscar trabajo en el *atelier* de Le Corbusier y fue aceptado por el *père Corbu*, al verse reflejado en un joven inmigrante que llegaba a la Ciudad Luz en solitario, como cuando el propio Charles-Édouard Jeanneret arribó a París, después de haber sido expulsado de La Chaux-de-Fonds, todo por la pequeña minucia de querer renovarla; un joven que permaneció en el *atelier* de la rue de Sèvres por seis años y que participó en el Concurso Internacional para la Reconstrucción del Centro de Berlín, en el Conjunto Residencial para Meaux, en el Centro Deportivo en Bagdad, en la Casa de la Juventud en Firminy, en las Unidades de Habitación en Briey-en-Forêt y en Berlín, en el City Center, el Palacio del Gobernador y el Parlamento de Chandigarh; un joven que recibió de la mano de Salmona su apartamento en París, cuando el talento local abandonaba la ciudad con nostalgia y tomaba distancia del maestro; un joven que había trabajado en la oficina del Plan Regulador y cuyo fracaso llevó a Le Corbusier a profetizar que “Bogotá seguirá pateando en su mediocre destino” (al menos le hubiéramos hecho caso al arquitecto y urbanista suizo en filtrar la relación entre el sistema peatonal del vial, y así nos hubiéramos salvado del infernal caos en el que vivimos); un joven que en los años cuarenta fue miembro del Comité de Trabajo de la Sociedad Colombiana de Arquitectos y que laboró en la Dirección de Edificios Nacionales del Ministerio de Obras Públicas, y junto a Jorge Gaitán, Álvaro Ortega, Gabriel Solano y Alberto Iriarte, trabajó en el proyecto urbano para “La Ciudad del Empleado”, otro proyecto frustrado para Bogotá; un joven que vio y vivió como la ciudad estallaba el 9 de abril de 1948, y que probablemente vislumbró de la necesidad de una renovación; un joven que trabó amistad con Rogelio Salmona y que se asoció con Fernando Martínez y Jaime Ponce de León en el edificio AKL y que, como jurado del concurso para el edificio de la Sociedad Colombiana de Arquitectos, rechazó a los finalistas y por esa coyuntura fue el propio Salmona quien terminó construyéndolo —la celebrada torre de aires wrightianos no existiría sin el avatar de Tobito—; un joven que se graduó como arquitecto por la Universidad Nacional de Colombia, de la cual fue profesor durante cuatro años y de la Universidad de los Andes, durante dos —las mejores

universidades tienden a olvidar a sus mejores maestros y alumnos—; un joven que quiso ser médico pero que, impulsado por sus profesores, terminó convertido en arquitecto; un párvido que en los años treinta atravesó la frontera venezolana para arribar por el Norte de Santander a Colombia, para estudiar en el Colegio Sagrado Corazón de Jesús de Cúcuta, siendo su primera incursión en el país de la fe ciega y de la violencia inmarcesible; un niño de madre venezolana y padre colombiano que nació en los años veinte en el municipio Junín, en el estado de Táchira, en la ciudad de Rubio, una población localizada cerca de la frontera entre los dos países, dedicada simultáneamente al cultivo de la educación y a extracción del petróleo, que vive y vivió, las dos caras de una misma moneda, la cara blanca y negra —las gracias y desgracias— de estar en el límite.

El 17 de julio de 1965, Tobito visitó a Le Corbusier en su apartamento de la *rue Nungesser-et-Coli* en París, junto con el editor y grafista Jean Petit. Bebieron *pastis* y conversaron sobre sus vidas. Con la sospecha de que sería el último encuentro entre ellos, con cierta nostalgia por el rumbo que habían tomado algunos de sus pupilos, y quizás con la visión próxima de su muerte, Le Corbusier recuerda aquel día en su testamento final:

Estaba feliz de volver a ver a Tobito, de ver que él persistía, que estaba entre los fieles. Cuando nos despedimos los tres, le dije a Tobito que pensaba volverme a ver al año siguiente: "Sí, en París o en otro planeta...", y me dije a mí mismo: "Entonces, sin duda, tendrán de vez en cuando un pensamiento agradable para el *père Corbu*.¹

A continuación el pensamiento de Augusto Tobito, a la desaparición de su maestro.

1 Le Corbusier, *Mise au point*, ABADA Editores, Madrid, 2014, p. 59. Primera edición FLC, París 1966. Traducción Jorge Torres.

2 Texto escrito por Augusto Tobito y publicado en la revista *Punto*, n.º 25 (noviembre-diciembre de 1965), Caracas, Venezuela.

Le Corbusier gigante del siglo XX²

Genial

Fada

Iluminado

Apostol

Mito

Visionario

Maldito

El diablo Corbu

Epítetos y denuestos semejantes jalonaron la vida de Le Corbusier, durante más de 40 años.

Su nombre solo provoca la animosidad y entabla la controversia.

Como Wagner, Manet y Cézanne, como Rodin, cubierto de sarcasmos, como los innovadores, Le Corbusier pagó lo suyo.

Pocos como él, más combatido, más insultado, casi nada le fue desconocido a quien sereno ante los honores y alabanzas solo pedía como el "Diógenes de la Historia".

Que surja el nuevo Corbu
por dondequiera, apasionadamente,
somos innumerables, nosotros, los que le esperamos!
Un hombre de sangre fría pero un hombre que crea!
Un hombre producto de su tiempo.

Se le tuvo por susceptible, malhumorado, antipático y engreído. En verdad era irónico hasta el sarcasmo, frente a la insuficiencia y la pretensión. Insoportable y con desplantes ante las lisonjas interesadas del instituto, las academias y los hombres. Pero simpático para quienes desaforados e impacientes esperaban recibir la "Fórmula". Pero capaz de commover al extremo, ante manifestaciones sencillas de verdadera amistad, admiraba y respetaba la labor de los otros. Celoso de su tiempo, convencido de su "búsqueda paciente", fue el hombre que buscaba y que encontró algo.

Trabajador infatigable y honrado consigo mismo, le he visto entrar un día al taller a las siete de la mañana, después de un largo viaje, ponerse al trabajo, uno más en el equipo que con él trabajaba.

Siempre sencillo, lejos el genio inabordable, a veces inseguro.

En realidad, ingenuo y confiado, incapaz de ver y comprender el juego de los intereses e influencias en las más altas esferas, dejarse arrebatar trabajos que daba por seguros.

Le Corbusier es el hombre íntegro que indaga, descubre y realiza, defiende sus ideas y combate: escritor, pintor, escultor y apasionado de la arquitectura y el urbanismo, cree en el progreso y porque tiene fe en el hombre, para él labora y a él invoca, imprimiendo su sello a la época, al punto que hoy se le llama el "Leonardo del siglo XX".

Sus lecciones y concepciones son la evidencia misma de la tremenda claridad con que supo abordar las exigencias totalmente nuevas de la sociedad, frente a un futuro que se avecina a velocidades increíbles.

Lejos de mirar en el pasado, en ese mundo nuevo que ya se manifiesta, busca la respuesta a los problemas del individuo y la comunidad, restableciendo la armonía que antes existiera entre el hombre y su medio. Hace de él nuevamente el centro y medida de todas las cosas, analiza y responde a las exigencias de la ciudad y las aspiraciones individuales, resolviendo los problemas del *hábitat* colectivo en función de lo individual, del hombre y la naturaleza.

Para él "en lo que concierne a la vivienda, la célula gobierna" y "la Arquitectura no existe sino en el instante en que se afirman las potencias líricas que nos animan y nos dan la alegría".

"El Urbanismo, afirma, como la Arquitectura es poesía".

Y en su vida se creyera, a la manera de los niños en la playa, este gigante sobre la faz de la tierra ordena y se divierte, en ciudades legendarias de los hombres y otras que imagina, con los juegos a su escala.

¡Del espacio haciendo espacios! Glorifica la materia y los espacios para el hombre, por el hombre construidos.

Acusado de utopista y de trabajar para el futuro, en vano se defiende y afirma: "Vosotros pertenecéis al pasado, yo soy un hombre del presente". El progreso en su renovación constante es un sacrificio que necesita de sus dioses y sus víctimas, hombres que tienen el extraordinario poder de tocar hasta el fondo la sensibilidad de los hombres y conmover el espíritu, son los elegidos.

Testimonio de lo que fuera su vida entera: una lucha sostenida, un combate sin tregua, son sus reflexiones:

"¡Bendito sea París por ser el más árido de los desiertos!".

Felices aquellos que aquí vienen a quemarse en la indiferencia general, a medirse en las violentas escaramuzas que allí se libran en la noche.

Aquellos que no son lo suficientemente fuertes serán quemados. París es un suelo donde "se echan raíces" porque se está solo contra todos y que jamás se es ayudado ni estimado...

Los que pasen la prueba, serán buenos para continuar gracias a París, magnífica hoguera de entusiasmos y perfectamente indiferente a los cadáveres que allí se acumulan".

Y más tarde en 1947:

"Que aquellos que se sientan con el gusto y el coraje, la perseverancia y la resistencia posible a los fracasos, que son el premio a la carrera, corran el riesgo de dirigir el esfuerzo de su vida hacia una cultura del espíritu por el cultivo del arte y la persistencia de lo bello".

Para concluir mirando hacia el pasado:

"Mi vida entera no ha sido más que una serie de continuos fracasos".

¡Con todo obstinadamente, sin desalentarse seguía su camino, sin ningún descorazonamiento!... ¡Solo que a veces cuánta tristeza en su mirar, en su voz cuánta amargura!... ¡Pero cuánto entusiasmo en el taller al comenzar la nueva obra, cuánta pasión!... De cada fracaso parecía salir más decidido, más ardiente, mejor templado, al punto de exclamar:

"Yo soy un hombre de rigor, de perseverancia y continuidad".

¡La pérdida es incalculable!

En el mediterráneo de la Hélades, que tanto amara, el del África del Norte y de la Costa Azul, allí donde este viajero infatigable, al decir de Valery "pareciera bebido de la leche de una diosa" se desvaneció la vida de Le Corbusier, el hombre que tanto quiso dar a la humanidad y recibió tan poco. A la edad de 77 años, en el último desafío a la vida misma, rindió la suya, el hombre grande todo él, entero. El maestro que tantas enseñanzas nos ofreciera, siempre con una generosidad a toda prueba.

Los que le conocimos, sabemos de la fuerza y generosidad, del fervor y la fe inquebrantable, que encerraba el corazón de Le Corbusier, el realizador de las moradas de los dioses y los hombres, de este arquitecto "constructor de catedrales".

Gloria, pues, al poeta del verde y del azul del mar y del cielo. Del sol y los "Espacios indecibles" al del concreto, el vidrio y el acero, aquel que solo quiso del mundo, con "volúmenes bajo la luz" hacer un mundo aún más fiero.

A Ud. el Hombre, más que Ud. el pintor, escultor, Urbanista y Arquitecto, sobre todo a Ud. el amigo, en nombre de la amistad le digo: "¡Salud, Monsieur! A Ud. el grande, que ayer, en el Histórico Patio cuadrado del Louvre", entrara al reino de los inmortales, y el mundo de la leyenda. A Ud. el Hombre cabal, en postrer homenaje, con el adiós de los amigos: ¡Adiós, Monsieur Le Corbusier!

¿Cómo era Le Corbusier?

Entrevista hecha a Augusto Tobito y publicada en el diario *La Verdad*, de Caracas, el domingo 5 de septiembre de 1965.

¿Cómo conoció a Le Corbusier?

Yo trabajaba en Bogotá cuando Le Corbusier hizo el Plan Regulador de la capital colombiana. Un fin de semana que nadie se quiso quedar a trabajar en la oficina, Le Corbusier se indignó porque necesitaba los dibujos para el lunes. Me quedé yo. Más adelante le pedí que me aceptara en su taller, me dijo que no, que le escribiera después.

La respuesta a mi carta hizo dos viajes de vuelta a París. La dirección estaba mal puesta, en la carta me respondía que sí.

Trabajé junto a él desde 1953 hasta 1959, en su taller de la Rue de Sèvres, número 35, allí Le Corbusier trabajó desde 1922.

¿Cómo era su taller?

Vi devolverse desilusionados a muchos visitantes curiosos de ver el lugar donde trabajaba el gran genio. Es un largo corredor de 3 metros y medio de largo, en el segundo piso de un antiguo convento, sin luces y con la

extraña característica de su dueño: un ordenado desorden, donde él sabía encontrar todo lo que tenía cuando lo necesitaba.

¿Cuando comenzó a trabajar con él, ¿qué impresión le dio?

Personalmente se expresaba de forma muy diferente que en sus escritos. En estos era categórico al exponer sus teorías, era de esperar un genio pedante, pero en su trabajo era un hombre en busca de una solución para un problema. Su posición era de búsqueda constante, sobre la marcha enmendaba sus teorías, el que él las hubiera formulado no las hacía infalible.

¿Era el perenne maestro?

Si maestro es el que dicta cátedra diciendo que "esto es así porque yo lo digo", no lo era. Pero si maestro es enseñar cómo se busca la solución a un problema, era un gran maestro.

¿Por qué era enemigo de las escuelas?

Consideraba que no enseñaban cómo se busca la solución de un problema, sino criterios rígidos con soluciones preformadas...

Le Corbusier vivía en constante evolución. Situado en la época siempre estaba aprendiendo para encontrar la mejor solución.

Fue el primero que se puso frente al problema de las escuelas y su influencia fue tan determinante que el movimiento que existe actualmente en las escuelas de bellas artes se le debe.

¿Cómo era su carácter?

Básicamente irónico, pero no malhumorado, tenía el mal genio del hombre que se encuentra en una lucha constante por encontrar una solución y al encontrarla, porque se la entiendan.

Sin embargo, la lucha de los años veinte había marcado su carácter. Fueron muchos los enemigos e innumerables ataques; optaba por no discutir jamás lo que consideraba intelectualismo.

Una vez un crítico famoso llegó al taller a ver los planos de la capilla de Ronchamp y comenzó a enumerar las consideraciones en que, según él, se había basado Le Corbusier para la construcción de la capilla. Eran tan opuestos al sentir de Le Corbusier que este simplemente se alejó y dejándolo solo se puso a trabajar en unos planos.

En su trabajo era inflexible, en el taller se trabajaba igual de día que de noche, incluidos sábados y domingos.

Su lucha fue por situar al hombre en su condición de vida que le era propia; su trabajo era una constante reflexión sobre la vida, decía que el hombre se había metido en una confusión, atendiendo solo al progreso mecánico y se había olvidado de las bases esenciales del vivir.

Su trabajo estaba condicionado por su sentido de la belleza, que era una de sus características; por eso sacudió a la América Latina, pues es propio de su espíritu el amor a la naturaleza.

No quería a los periodistas, porque no sabían nada de arquitectura y no podían entender el porqué de sus obras y confundían sus declaraciones, publicándolas erradas.

No hablaba a los arquitectos, sino para el hombre; se dirigía a los políticos porque ellos eran los que podían tomar las resoluciones. 